

Tres ventanas dan sobre mi niñez. La primera corresponde al escritorio de mi padre. Las pocas veces que entramos en ese cuarto, nos sentimos algo cohibidas frente a los muebles severos, de cuero frío y resbaladizo, y las paredes cubiertas de planos y mapas de distintos países. Presentíamos que allí sólo se llegaba para conversar de cosas serias o cuando era necesario despedir a algún peón, a algún sirviente. De su mesa de trabajo sólo recuerdo el enorme globo terráqueo que, a veces, mi padre hacía girar ante nosotras para que descubriésemos, de inmediato, a Noruega e Irlanda. En un armario se amontonaban flechas, arcos, pipas y collares que los indios le habían regalado en sus diversas expediciones y que nos permitía curiosear de vez en cuando.

(...)

Cuando su ventana se ilumina, de pronto, y se queda inmóvil en algún recuerdo, me parece que tiene la tristeza de esos encabezamientos de cartas, interrumpidas no se sabe por qué motivo, y que uno encuentra, mucho tiempo después, en el fondo de algún cajón.

La ventana de la madre era más acogedora. Pertenecía a un cuarto de costura. En las casas donde hay muchos chicos, los cuartos de costura siempre son los más dulces, los más buscados. Ante los costureros desbordantes de cintas y puntillas contemplábamos, con frecuencia, ropita que no era de nuestro tamaño. Nunca pensamos que alguien podría llegar, de repente, después de nosotros. La madre pasaba largas horas en el cuarto de costura, tejiendo o bordando cosas minúsculas. En ese cuarto parecía más accesible, más dispuesta a que se le contara todo, de tal modo que al llegar, las menores, a los trece o catorce años, comprendimos que hubiera sido más fácil decirle, allí, el miedo, la vergüenza, la fealdad, la tristeza de esa edad incómoda. Las tres mayores lo alcanzaron. Susana y yo no tuvimos esa ternura: una ventana tan escondida, una luz tan adecuada para disimular el rubor, las ganas de llorar y el encono, la sensación de sentirse separado de los otros por una enfermedad contagiosa. Su ventana mantuvo siempre la luz que conviene a los niños. No he visto otra, después. Los niños llegan a cuartos donde no se los espera, cuartos no contruidos para ellos; se les confecciona la ropita en patios desnudos, en dormitorios habituados a otras ternuras, a otros recuerdos, o a la hora del té, mientras se conversa con las visitas en ratos de ocio que distraen cualquier fervor. (...)

Mi madre era diferente. Mi madre no tejía los escaarpines ni los mantillones en los ratos de ocio. El ocio lo constituían las otras cosas. Vivía la responsabilidad de lo que esperaba y lo esperaba todo el día, toda la noche. Al entrar a ese cuarto, impregnado de ternura, era como si cambiase de aire, de gestos. Todas las veces que yo la vi aislarse en esa pieza, para coser cosas tan chiquititas, tenía esa mirada un poco agrandada y triste, de tanto mirar hacia adentro, como la que he visto, después, en los que han estado mirando el mar. Cuando jugábamos en el jardín, su lámpara, un poco soñolienta en invierno, nos aseguraba su presencia. Ignorábamos que de un día para otro habría otro nombre en la casa, otra boca que besar antes de acostarse.

La tercera ventana era la de Irene. Yo siempre tuve por ella un poco de admiración y un poco de miedo. Me llevaba seis años. A veces le permitían que se sentara en la mesa, en el comedor grande, cuando las visitas eran de confianza. Mis hermanas mayores hablaban de ella, en voz baja. Le habían sorprendido secretos y, al comentarlos con un tono regocijado y misterioso, se hallaban muy lejos de creer que pronto les llegaría el turno también a ellas. Susana y yo, las menores, no éramos suficientemente perspicaces para adivinar el motivo de esos largos cuchicheos. Una tarde las oí hablando de pechos. Cuando

lo pienso, comprendo el miedo que habrá sentido, solita, la primera, al ver que su cuerpo se curvaba, que la caja torácica perdía su rigidez, que los senos comenzaban a doler y a moverse imperceptiblemente.

De su ventana, siempre esperábamos las más grandes sorpresas. Irene nos hablaba de raptos, de fugas, de que alguna mañana se iría con su bultito de ropa, como Oliver Twist, porque en casa no la querían, o porque alguien la aguardaba afuera. Quizá por eso su ventana siempre me pareció misteriosa.

**Nora Lange: *Cuadernos de infancia*, Buenos Aires, Losada, 1981.**

EL '37

(...)

Mi padre había tenido la poca suerte de establecerse por su cuenta en plena crisis. En 1932 dejó un puesto de mayordomo de estancia en Río Negro por una chacra arrendada en Juárez y una casa alquilada en el pueblo. La razón de esa mudanza éramos nosotros, los cuatro hijos que seríamos cinco al nacer mi hermana. Había que educarnos: la exigencia, que él aceptó sin entusiasmo, era de mi madre. En cuatro años estábamos en la ruina.

(...)

Fue muy brusco todo eso. Apenas tuvieron tiempo de ponernos en seguridad. Mis dos hermanos mayores fueron a casa de la abuela en Buenos Aires; la más chica se quedó con ellos en una pensión de la calle Moreno; con nosotros no sabían qué hacer. Héctor tenía ocho años, yo, diez. Alguien les dijo que en Capilla del Señor había un colegio irlandés para huérfanos y pobres. Nos llevó mi padre. Recuerdo el día: 5 de abril de 1937.

Los cambios fueron tan rápidos, violentos, que hasta hoy me asombran. Todo estaba mal, absurdo, equivocado. La primera dificultad surgió con el vestuario que mi madre había reunido precipitadamente gastando sus últimos pesos. La lista del colegio decía "overalls": ella entendió, compró, mamelucos grises en lugar de guardapolvos. Cuando Miss Annie, la encargada del dormitorio, nos llamó a su oficina, la encontramos bufando de ira y desprecio junto a las valijas abiertas.

—¡Pero qué bruta! —repetía—. ¡Pero qué analfabeta!

(...)

Nunca había oído hablar de mi madre en esos términos. Con los años, la diferencia entre "overalls" y "duster" llegó a ser para mí una cuestión semántica: traductor, acudí nuevamente al Webster cada vez que apareció una de esas palabras. Por entonces no sabía inglés y no estaba en condiciones de probar que la ignorante era Miss Annie.

La segunda confrontación llegó por la noche en el comedor. Ahí me encontré con el plato de sémola destinado por la Providencia a acompañarme durante años. Plato de zinc y

contenido inmutable, círculo blanco, desértico, cubierto de una tibia costra blanca; salina del alma, podredumbre de la caridad en doscientas cenas de desamor idéntico. Me negué, no comí. Me negué la segunda noche, y la tercera, y la cuarta. Tengo conciencia del rechazo visceral, el hambre enemiga, la astucia cada vez más empeñosa en lo que intuía una batalla. Quiero decir que fingía lo mismo que estaba sintiendo —nostalgia, desesperación—, pero acentuándolo, llevándolo a sus límites últimos, hasta convertirme en un silencioso espectáculo, cruzado de brazos ante lo inaceptable. A la cuarta o quinta noche me trajeron un plato de caldo con una papa. Quizá no era mejor que la sémola, pero lo acepté, sentí que había ganado, y en mi fuero interno me reía de la monjita rubicunda que presidía el comedor. Desde esa noche fueron ciento nueve platos de sémola y un caldo con una papa.

Por debajo de la autoridad había otras cosas que dirimir. En los dos colegios irlandeses en que he estado, descubrí entre los pupilos una necesidad compulsiva de establecer las escalas del prestigio, el valor, la fuerza. Detrás del recibimiento convencional del primer día, me estaban calibrando, situando tentativamente en una jerarquía.

Supongo que ese orden se heredaba de año en año, con los ajustes necesarios al recomenzar las clases. Yo llegaba tarde, los ajustes estaban hechos, irrumpía en un orden establecido provocando ansiedad, urgencia de saber quién era al fin de cuentas, y así, sin deseo, vine a encontrarme en guardia frente al chico Cassidy, en el sol del patio y el centro del círculo del pueblo, para dirimir ese mítico tercer puesto que él ocupaba hasta mi llegada.

Los dos primeros eran inamovibles. Delamer, grande, bonachón, inofensivo por plena conciencia de su fuerza: vieja ballena que nadie osaba discutir, y él mismo sin discusiones interiores, patriarca oscuro de once o doce años. Delaney, que no era un grande verdadero, hechura política, mitad conjetura, mitad su hermana celadora, muchacha rosada y dulce, (...).

Pelemos pues. Cassidy tenía la cara llena de granos, era angustioso pegarle. Pero tampoco había otra salida. Lo derroté y adquirí mi lugar en la escala, que implicaba el derecho de tyrannizar o proteger a los menores y la saludable abstención de molestar a los más fuertes. Durante el resto del año no desafié ni fui desafiado, pero ocasionalmente un acto de rebelión triunfante ponía al descubierto el carácter semimitológico de nuestro *ranking*.

La verdadera ganadora de mi primera pelea resultó Miss Annie. Alguien fue con el cuento, y por la noche, cuando nos acostamos, vino a mi cama y me pidió que me destapara. Esgrimía su argumento preferido, una vara de mimbre sólida y flexible. Me dio una paliza formidable. Al día siguiente me descubrí con el cuerpo lleno de moretones. Estas tundas que aplicaba con diversos pretextos eran el placer nocturno de Miss Annie. Supongo que sus noches eran tristes cuando no podía restablecer con la vara de mimbre el imperio de la justicia. Era una viejita sádica, miserable. Me río al escribir esto, a treinta años de distancia, pero es la verdad.

Miss Annie no era una excéntrica. También pegaban las celadoras y aun las monjas. Recuerdo el *swing* a la mandíbula con que la hermana María Ángela derribó a Kelly junto al pizarrón, en plena clase. Fue un golpe seco, magistral; aunque también es cierto que Kelly era muy chico y, quizás, algo flojo.

**Rodolfo Walsh: *Ese hombre y otros papeles personales***, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 2012.

## LA LEYENDA Y EL NIÑO

(...)

Los días de mi infancia transcurrían, como la de todos los changos, de asombro en asombro, de revelación en revelación. Nací en un medio rural, y crecí frente a un horizonte de balidos y relinchos. Los espectáculos que exaltaban mi entusiasmo no consistían en mecanos, rompecabezas, volantines o barriletes. Era un mundo de brillos y sonidos dulces y bárbaros a la vez. Pialadas, vuelcos, potros chúcaros, yerras, ijares sangrantes, espuelas crueles, risas abiertas, comentarios de duelos, carreras, domas, supersticiones, mil modos de entender las luces malas y las cosas del "destino escrito". En aquellos pagos del Pergamino nací, para sumarme a la parentela de los Chavero del lejano Loreto santiagueño (...). Me galopaban en la sangre trescientos años de América, (...). Por el lado materno vengo de Regino Haram, de Guipúzcoa, quien se planta en medio de la pampa, levanta su casona, y acerca a su vida a los Guevara, a los Collazo, gentes "muy de antes", cobrizos, primitivos y tenaces, (...).

Todo ese mundo, paz y combate en mis venas entre indianos, vascos y gauchos, determinaban mis alegrías, mis sustos, acuciaban mi instinto de muchachito libre, me hacían crear un idioma para dialogar con los juncos de los arroyos. Cuántas veces evoco aquellos días de mi infancia, y me veo, con apenas seis años sobre mis chuncas, montado en un petizo doradillo, "en pelo", un "bocao de sogá", y galopando entre los pastizales, sintiendo en las desnudas pantorrillas el lanzazo de los cardos azules, oyendo el alerta de los teros en los bajíos, atravesando una alameda que me hechizaba con sus extraños silbos en la tarde, llegando luego a mi casa con la bestia sudada y temblorosa de nervios y fatiga, para escuchar con una falsa actitud de arrepentimiento los reproches de mi madre, y sentirme premiado en mi "gauchismo" por la mirada seria y serena de mi padre, "tan paisano y tan sin vicios" como comentaban nuestros escasos vecinos.

Porque en mi casa paterna el tabaco y el alcohol eran desconocidos. Vivían mis mayores en una limpia pobreza, donde sólo brillaban los aperos y la decencia. Mi Tata era un humilde funcionario del ferrocarril, pero nada podía matar al gaucho nómada que había sido. Es así que siempre, en ocasión de los traslados que eran numerosos por razones de su labor, se mudaba con su familia y su tropilla. Jamás dejó de tener buena caballada, y era su

placer quitarles el orgullo a los chúcaros jineteándolos con fiereza que asombraba. De ahí que nosotros, mi hermano y yo, gustáramos enhorquetarnos en un bagual al amanecer, momentos antes de partir hacia la escuela, y en un potrero, un alfalfar, nos teníamos escasos segundos sobre el chúcaro que nos hacía "mostrar el número de las alpargatas" al segundo corcovo. Y es así que solíamos llegar a nuestra clase escolar con un costado del guardapolvo teñido de verde y mojado por el rocío, amén de alguna magulladura nunca demasiado seria.

Así transcurrían las horas de mi infancia, con infinitos viajes de pocas leguas en una aventura en la que no faltaban ni el drama ni la pena, porque no todo era el libre galopar por esas pampas, o el aprendizaje de la "visteada" con puñales de mimbre, o leer la colección "El Parnaso Argentino" en voz alta, o escuchar al Tata cuando adornaba las últimas horas de los domingos tañendo su guitarra y sumergiéndose en un bosque de vidalas que le traían tantos recuerdos de su antiguo solar santiagueño. No. También la pena comenzó a anidar en mi corazón cuando vi a Genuario Bustos —un gaucho que mucho admiraba—, muerto, con tres balazos en la espalda. Lo balearon cuando montaba en su redomón, y sólo alcanzó a decir: "¡Así no se mata a un hombre!". Y se fue deslizándose, con el cabestro en la mano, hasta quedar inmóvil, mientras su sangre teñía los cascos del caballo. Aquello fue un impacto en mi sensibilidad, pues yo tenía otro sentido de la muerte en los hombres. Vi degollar cientos de reses, hasta bebía la sangre caliente de los novillos. Pero pensaba que los hombres morían de otro modo, que la muerte no llegaba así, con tan desnuda violencia. (...)

Pero mi mundo alcanzaba su tono de maravilla cuando por la tarde se reunían los paisanos a la sombra del galpón, cansados pero contentos. (...) Y era entonces cuando, con las últimas luces de la tarde, comenzaban los cuentos más serios. Y allí también, mientras a lo largo de los campos se extendía la sombra del crepúsculo, las guitarras de la pampa comenzaban su antigua brujería, tejiendo una red de emociones y recuerdos con asuntos inolvidables. Eran estilos de serenos compases, de un claro y nostálgico discurso, en el que cabían todas las palabras que inspirara la llanura infinita, su trebolarse, su monte, el solitario ombú, el galope de los potros, las cosas del amor ausente. Eran milongas pausadas, en el tono de do mayor o mi menor, modos utilizados por los paisanos para decir las cosas objetivas, para narrar con tono lírico los sucesos de la pampa. El canto era la única voz en la penumbra.

(...)

Allí estaba, frente al cantor, bebiendo sin entender mucho, las cosas que decía. Me sentía totalmente ganado por la guitarra. Este instrumento se hizo presente en mi vida desde las primeras horas de mi nacimiento. Con guitarra alcanzaba el sueño. Con una vidala, o una cifra me entretenían mi padre y mis tíos. Pero ese fogón breve de los estibadores, ese canto tan serio, tenía una magia especial. Ellos me ofrecían un mundo recóndito, milagroso, extraño. Yo no los miraba ya como heroicos proletarios de la pampa. (...) Eran, por obra de

la música, como príncipes de un continente en el que sólo yo penetraba como invitado o como descubridor. Eran seres superiores. ¡Sabían cantar!

**Atahualpa Yupanqui: *El canto del viento***, Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte, 1985.

Desde mi más tierna infancia, pasaba también los veranos en las playas, la de Scheveningue, en Holanda, luego diversas playas de Bélgica, entre la frontera y Ostende, donde mi padre tenía amigos, sobre todo amigas, y a veces en Bruselas, por la misma razón; a veces en París, aun antes de que mi padre se instalara allí, cuando yo tenía alrededor de nueve años. No puedo hablar entonces de una infancia enraizada, pero los recuerdos más profundos son los del Mont-Noir, porque allí aprendí a amar todo lo que sigo amando: la hierba y las flores salvajes mezcladas con la hierba; los huertos, los árboles, los pinares, los caballos, y las vacas en las grandes praderas; mi cabra, a la que mi padre había dorado los cuernos; la burra Martine, sobre la que había aprendido, desde muy joven, que era sagrada entre todas las criaturas porque lleva en su lomo el dibujo de una cruz, por haber llevado a Jesús el día de Ramos; mi cordero, al que le gustaba rodar sobre la hierba, los conejos libres, que jugaban en la maleza, a los que sigo amando mucho —esos conejitos a los que Zenon libera poco antes de morir—, el viejo perro cuya muerte me fue anunciada una mañana con un tiro de fusil, y que sería mi primera gran pena (tenía ocho años), pero amaba también las playas y sus planicies sin fin cuando el mar se retira, en el movimiento para mí casi hipnótico de las olas.

Los recuerdos del Mediodía, de esa época, son menos numerosos, sobreimpresos por los recuerdos del Mediodía de mi adolescencia, pero no olvido las naranjas cortadas en el jardín (mi padre las colgaba con hilos cuando faltaban). En cuanto a los seres, creo que aparte de mi padre, por suerte presente, había sobre todo alrededor mío lo que todavía se llamaba con esa bella palabra: la gente, que debería hacer pensar en la *gens*, en la tribu romana. Tampoco comprendo cómo la bella palabra doméstico, que viene de *domus*, la casa, haya podido desvalorizarse en lugar de ser considerada sagrada (por los muchos malos patrones, sin duda): los domésticos, la gente, con los que se vive en la misma casa. Vuelvo a ver al viejo cochero Achille, luego al chofer César, que tenía mucho éxito con las mujeres, el jardinero Hector, Hortense la cocinera, la gran Madeleine y la pequeña Madeleine, que cantaban con voz lánguida canciones que oían en el pueblo, la pequeña Marie, cuya única tarea era batir la manteca en una habitación fresca, donde era un privilegio entrar, el valet-mayordomo Joseph, y Mélanie, la mucama de Noemi, mala como su ama, y por supuesto Barbara, mi criada. Aprendí muy pronto que toda esa gente existía tanto como yo, y que era agradable estar con ellos al lado del fuego de la cocina.

(...)

El Mont-Noir, la gran cualidad del Mont-Noir, para mí, es la vida en el campo, el conocimiento de la naturaleza. Es muy importante para un niño crecer en un medio natural, haber vivido con animales, haber encontrado cotidianamente a gente de toda clase, haber vivido mucho entre la gente del pueblo. Digo “gente del pueblo” porque no encuentro otra palabra, es decir aquellos que no pertenecen a ningún grupo, los que viven en estado de necesidad. Ahora bien, una niña bastante solitaria en una gran casa está, por supuesto, en constante relación con el jardinero, el cochero, el lechero. Esa es la gente que conocí primero y muchas veces son aún sus equivalentes contemporáneos a los que hoy prefiero frecuentar en la isla. Quizá no ame más que a la gente a la que erróneamente se supone muy simple.

**Marguerite Yourcenar: *Con los ojos abiertos. Conversaciones con Matthieu Galey*, Buenos Aires, Emecé, 1989.**

Hoy voy a tratar de acordarme de cómo pasaste de ser mi nene a ser Luana, mi princesa...

En julio de 2007 nacieron mis mellizos, de 35 semanas de gestación, después de un embarazo complicado, de alto riesgo. Vos naciste primero y a los cinco minutos, tu hermanito; los amé en ese instante.

(...)

La ilusión con que los esperamos, dos varones, papá ya tenía planeado el futuro de los dos.

-Uno va a ser electricista, como yo -me decía-. El otro, mecánico, y van a trabajar juntos.

Nos pasábamos las horas hablando de cuando fueran grandes, eligieran sus novias, fueran juntos a estudiar a una escuela técnica y lo más lindo... eran mellizos, cuánto se iban a divertir.

(...)

Tu tía (...) era tu cómplice en todo; cuando nadie te dejaba tocar nada de nena, ella les traía una vincha a vos y a Federico, pero la tuya tenía brillitos. O me acuerdo que le regaló una lapicera a cada uno con una mariposa en la punta, a Federico celeste, a vos roja llena de brillo también, ella iba calmando tu ansiedad y disimulando para que la familia no pensara que te hacía mal. Trató siempre de que no sufrieras tanto.

Tu vestido de cotillón estaba hecho harapos ya, igual que tu peluca, era amarillo y a vos te gustaba el color rosa. Tu tía Silvia, ese ángel que te dio la vida para cuidarte a mis

espaldas, te había comprado el traje de la princesa Aurora, la de *La bella durmiente*, tu favorita, era de tul rosa y estaba impecable. Me llamó aparte y me dijo:

-Le compré un vestido nuevo, ¿cómo se lo damos sin que Guillermo (tu papá) se enoje?, o si no, no se lo des hasta ver qué pasa, vos fijate, manejaló. Yo lo vi y pensé en ella.

Tu tía Silvia ya te trataba como nena, vos se lo habías pedido, como a mí, pero a mí me costó más por la costumbre de decirte Manuel. Cada vez que te decía Manuel me repetías:

-Me llamo Luana y si no me decís Luana, no te voy a hacer caso.

Recuerdo que una vez te pregunté:

-¿Estás contento?

-No.

-¿Por qué no estás contento, mi cielo?

-Porque estoy contenta.

Podía decirte Manuel tres o cuatro veces y no me mirabas, reaccionaba y te decía Luana, y ahí te dabas vuelta a escucharme. Tuve que respetar tu nombre porque así me lo pediste, no lograba nada con vos si te trataba como varón, me fuiste marcando cómo deseabas ser tratada. Y lo hiciste con el resto de la familia menos con papá. Se lo dijiste una sola vez.

Bueno, tenía el vestido de la princesa en la mano y di tantas vueltas para enfrentar a tu papá; no quería más peleas, ya eran demasiadas. Me acerqué y le dije:

-Tengo un vestido para Manuel, está nuevo, le va a encantar, se va a poner contento. Lo trajo Silvia y estoy de acuerdo en dárselo. -Levantó la mirada y sentí su bronca ahora en carne propia, como vos cada vez que te miraba así. Seguí hablando como si no lo hubiera notado-. Prefiero que use un vestido como la gente antes de que siga con eso todo roto o con los repasadores o mis remeras; se va a disfrazar igual, con este vestido nuevo va a quedar mejor, es más digno, ¿te parece?, ¿me dejás que se lo dé?

-Hacé lo que quieras- me respondió.

Te lo dimos con tu tía; por favor, que desborde de emoción, gritabas pero esta vez de felicidad, me pediste que te pusiera la película urgente y te pusiste a bailar como Aurora. Se te veía tan feliz. Nada importaba después, ni el enojo de tu papá ni lo que digan los demás, sólo quería verte bien y así te veías radiante.

Ahora sí eras la princesa que querías ser, está de más decir que ese día dormiste con el vestido puesto. Te ponía triste el pelo tan cortito y por más que te explicaba que ya iba a

crecer no podías controlar la ansiedad, lo querías ya, lo necesitabas para estar más tranquila. Sumale a eso la valijita de fibras y lápices de todas las princesas y la muñeca que te había regalado papá, aunque no fuera de buena gana, pero la tenías. Estabas que no podías con tu alegría. Te la pasabas dibujando, obviamente, princesas y el color rosa lo gastaste.

**Gabriela Mansilla: *Yo nena, yo princesa: la niña que eligió su propio nombre*, Los Polvorines, Universidad Nacional de Gral. Sarmiento, 2017.**

NIÑO LEYENDO. En la biblioteca escolar te dan un libro. El reparto se efectúa en los cursos elementales. Sólo de vez en cuando te atreves a formular un deseo. A menudo ves con envidia cómo libros ardientemente deseados van a parar a otras manos. Por fin te traían el tuyo. Durante una semana quedabas totalmente a merced de los vaivenes del texto que, suave y misterioso, denso e incesante, te iba envolviendo como un torbellino de nieve. En él entrabas con una confianza ilimitada. ¡Silencio del libro, cuyo poder de seducción era infinito! Su contenido no era tan importante. Pues la lectura coincidía aún con la época en que tú mismo inventabas en la cama tus propias historias. El niño intenta seguir sus trazas ya medio borradas. Se tapa los oídos al leer; su libro descansa sobre la mesa, demasiado alta, y una de las manos está siempre encima de la página. Para él, las aventuras del héroe se han de leer todavía entre el torbellino de las letras, como figura y mensaje entre la agitación de los copos. Respira el mismo aire de los acontecimientos, y todos los personajes le empañan con su aliento. Entre ellos se pierde con mucha más facilidad que un adulto. Las aventuras y las palabras intercambiadas le afectan a un grado indecible, y, al levantarse, está enteramente cubierto por la nieve de la lectura.

**Walter Benjamin: "Ampliaciones" en *Dirección única*, Madrid, Alfaguara, 1988.**